

p/ "REVISTA TEOLÓGICA"  
Seminario Concordia  
C. Correo 5  
1655 J. L. Pérez  
Bs. / s - rg.

# Revista Teológica

Publicación Trimestral de Teología y Homilética Luterana

Redactada por la Facultad del Seminario Concordia

Editor: Fr. LANGE

## CONTENIDO :

	Página
Jesucristo, Señor de la Iglesia .....	1
El uso de Obreros Laicos en la Iglesia a la Luz de la Doctrina del Ministerio .....	8
Estudio Exegético - Práctico de 1 Cor. 1..	19
Publicado por La Junta Misionera de la Iglesia Evangélica Luterana Argentina	La relación entre la Doctrina y la Obra Universal de la Iglesia ..... 24
	Bosquejos para Sermonea..... 32

A ñ o 7

Primer Trimestre - 1900

Número 25

el mensaje del amor inconmensurable de nuestro Salvador puede lograr eso. Allí donde no ayuda esto, allí no ayudará cosa alguna, aun cuando, aparentemente, se alcanza éxito ante los hombres.

Tengamos esto en cuenta, cada vez que obtengamos poco éxito en nuestro ambiente con la labor misional personal. Las congregaciones pequeñas están principalmente expuestas al peligro de emplear otros medios para ganar a los extraños en su medio para la iglesia. ¡Qué diversidad de medios se emplean actualmente para lograr que la gente vaya a la iglesia! ¡No es así como se hacen cristianos, no es así como se convierten en hijos de Dios!

## LA RELACION ENTRE LA DOCTRINA Y LA OBRA UNIVERSAL DE LA IGLESIA

*Por el Prof. E. C. Kieszling*

(Continuación de Parte II)

*Peligros de la Vida Activa*

Se dirá quizás que nunca podrá haber sobreabundancia de cristianismo activo, ya que las oportunidades para ejercerlo son tan frecuentes. Sin embargo, también el cristianismo activo encierra sus peligros. Recordemos la advertencia de San Agustín: "Nadie tiene el derecho de entregarse tan por completo a la vida activa que no le quede tiempo para la contemplación de Dios." Los extranjeros hablan de los norteamericanos a menudo como de 'activistas'. Bernard Shaw usa la expresión: "Los americanos son como lauchas en oxígeno." La maldición que pesa sobre un activista exagerado es superficialidad y carencia de rumbo fijo. El activista cien por cien se halla con frecuencia en la situación de un jinete que trata de galopar simultáneamente en varias direcciones distintas. Emprende mil cosas sólo para estar activo, y no pregunta si su actividad es necesaria o provechosa, o si podría haber hecho mejor las cosas. Un excelente abono para el activismo son las estadísticas. Si se ganan anualmente tantos y tantos miembros nuevos, si se recolecta tal y tal can-

tividad de dólares, si se imprimen y publican tantos y tantos libros y folletos — entonces todo marcha a las mil maravillas, aun cuando algunos dineros y miembros fueron ganados con un poquito de presión, y algunos centros de misión fueron iniciados en una región donde ya había abundancia de otras iglesias, y algunas de las producciones literarias publicadas no fueron mucho más que evangélicas fanfarronadas.

El activismo, o pragmatismo, como también suele llamarse, es incapaz de reunir la paciencia necesaria para lo que es lento, silencioso y profundo, para lo que ejercita la meditación o lo que pone énfasis en la relación mística con Dios. Cuando Cristo dice: "El que pierde su vida, la hallará; y al que busca primeramente la justicia, todas las demás cosas le serán dadas por añadidura", el activista piensa más en el hallar y en las cosas que serán dadas por añadidura, y menos en el perder y en el buscar la justicia, cosas no menos esenciales, pero más dolorosas y de más vasto alcance.

#### *El Mal de las Misas Privadas*

En el transcurso de la historia, el activismo cayó en dos extremos diametralmente opuestos. Permítaseme usar una ilustración. En uno de sus escritos, M. Lutero se dirige contra la misa privada, entonces uno de los peores y más difundidos males en la Iglesia. Por lo general, tales misas privadas eran leídas en capillas especiales, donadas por personas pudientes interesadas ante todo en su propio bienestar espiritual y en el de su familia. Se designaba a un sacerdote que debía leer misas exclusivamente para el eterno descanso de los miembros vivientes o fallecidos de dichas familias. La iglesia del castillo de Wittemberg era una iglesia tal, si bien en grande escala. El elector de Sajonia Federico el Sabio la había dotado liberalmente, de modo que en la época de su mayor esplendor contaba con 80 sacerdotes y 2 grandes coros. Por lo menos 10.000 misas se leían allí anualmente, y si alguien se tomase la molestia de sumar los años que de esta manera fueron descontados de la permanencia en el purgatorio (!), llegaría a la cifra impresionante de varios millones.

Por lo regular había algunas personas presentes en aquella iglesia de Wittemberg, pero en las más de las capillas menores

no se hallaba sino el sacerdote oficiante; pues se consideraba a la iglesia como institución creada por Dios sin hombres, que poseía una cierta virtud de ayudar a todos cuantos entraban en contacto con ella. Era, por decirlo así, una especie de máquina eléctrica que emitía ondas salutíferas hacia los circunstantes. Esa máquina era de eficiencia invariable, ya se tratase de despiertos o dormidos, conscientes o inconscientes, vivos o muertos. Los únicos requisitos eran cierto factor material capaz de poner la máquina en movimiento: la adecuada suma de dinero; y cierto factor humano, capaz de mantenerla en movimiento: el sacerdote. En íntima relación con ese concepto, por demás superficial y materialista, de lo que es la Iglesia, se hallaban diversas prácticas abominables como el famoso comercio de indulgencias, las peregrinaciones, las interminables oraciones y sacrificios, la veneración de reliquias, que dió lugar a tantos y tan burdos fraudes.

Aquí tenemos un ejemplo, bastante craso por cierto, de cómo la religión puede degenerar en cierto activismo supersticioso. Casos análogos se registran también en otras épocas de la historia eclesiástica. Los fariseos p. ej. fueron activistas que concentraron su atención sobre ciertos detalles mínimos de la ley ceremonial como el llevar filacterias, lavamiento de los pies, oraciones y ayunos públicos etc. Tal estado de cosas es característico para épocas de decadencia, cuando los cristianos se convierten en autómatas que repiten ciertas fórmulas y practican ciertas ceremonias. Confían quizás en la palabra pura y en la doctrina que aprendieron, pero ponen muy poco empeño en que esta palabra manifieste su poder en sus vidas. Activistas como los que acabo de describir, recalcan indebidamente el aspecto divino de la Iglesia y están demasiado dispuestos a entregarlo todo al cuidado de Dios: ellos mismos en cambio gastan sus energías en obras externas, a menudo carentes de valor social, a no ser que esas obras mantienen ocupada a la gente, impidiéndole así entregarse a pasatiempos peores.

Los Estados Unidos de Norte América gozan de la fama de ser un país sumamente activo en la esfera de la religión práctica. Sin embargo, unos 50 ó 75 años atrás muchas iglesias evidenciaban cierta inercia precisamente en este sentido. Esto hizo surgir, como protesta, el 'evangelio social', y condujo al mismo tiempo a la creación de las así llamadas 'iglesias de san-

tidad", que según un informe reciente, todavía siguen en tren de franco crecimiento. La cruda realidad es que muchas de las iglesias más antiguas se tornaron demasiado comodonas, presu- midas y renombradas como para cuidarse de la triste suerte de los pobres, los obreros mal pagados, los que trabajaban en condiciones indignas, los menores explotados, la gente de color y los inmigrantes. Por otra parte cerraban los ojos ante las injusticias cometidas por los ricos, los opresores, los embusteros, los políticos deshonestos, y más tarde también los criminales, algunos de los cuales eran respetados feligreses. Repitióse la parábola del Buen Samaritano. El sacerdote y el levita, los ministros de la Iglesia, estaban tan ocupados con cosas más elevadas, con la vida contemplativa, que ya no pensaban en la miseria de sus semejantes ni les prestaban ayuda. Buenos samaritanos nunca faltan, pero raras veces proceden de las clases privilegiadas de la sociedad. El Buen Samaritano mismo era miembro de un pueblo mixto. Los nuevos samaritanos fueron aún más lejos que el de la parábola, pues no sólo acudieron en auxilio de los que habían caído en manos de ladrones, sino que se esforzaron por descubrir las causas sociales por qué todavía había ladrones en los caminos, y por qué personas serias se alarmaban ante los crímenes de aquéllos.

En su afán de remediar un pecado de omisión, estos modernos samaritanos sin duda se excedieron, de modo que las iglesias tradicionales les hicieron a menudo el reproche de haberse olvidado de la obra esencial de la Iglesia en su esfuerzo por subsanar males sociales. Los paladines del evangelio social por su parte culparon a las iglesias de ocuparse demasiado en la doctrina de Jesús, en detrimento de la religión de Jesús. "Los fundamentalistas" escribía uno, "todavía son tardos en reconocer las exigencias sociales y sociológicas de su salvación." Y un otro escribía así: "Estoy convencido de que nuestra esperanza de ser oídos por la gente es muy escasa si les hablamos de salvación y vida eterna sin tener nada que decir acerca de pan y de paz."

#### *La Situación ha cambiado*

Es innegable que la Iglesia aprendió su lección. Pocas son hoy en día, ante todo en las ciudades, las congregaciones que no tengan sus programas sociales y su vasto plan de actividades

para los jóvenes. Al iniciar el trabajo misional en un nuevo campo del extranjero, pensamos no sólo en construir capillas, sino también hospitales, escuelas primarias y seminarios para la formación de pastores y maestros nativos. Las 'iglesias de santidad' nos han demostrado que nuestra obra salvadora debe incluir tanto a la gente honrada como también a la depravada. Pero en estas mismas iglesias se hacen patentes también diversos defectos del activismo. Tan empeñadas están en la evangelización y conversión de los hombres, que descuidan en gran parte la instrucción sistemática en las verdades fundamentales de las Sagradas Escrituras, o al menos la realizan en forma harto superficial. Esperan que los cristianos vivan de leche, y no de alimento sólido, de lo que resulta que por lo general llegan a formar hombres y mujeres que carecen de verdadero vigor espiritual. Y esto es problema serio para la obra eclesiástica.

A mi juicio, nuestra Iglesia Luterana no ha caído en esta trampa, y ello gracias a su sólida instrucción bíblica, a la que ya desde un principio concedió máxima importancia. La primera Asamblea General del Sínodo de Misuri, en el año 1847, dió a su junta misional el encargo de buscar campos misionales adecuados en el extranjero, y de velar por que en las misiones del interior se enseñase asiduamente el Catecismo de Lutero. En la segunda Convención (1848) se dió a conocer que se abrigaba la intención de iniciar el trabajo misional entre los indios de Oregón, y que el Sínodo se había hecho cargo de una ya existente misión entre indios en el estado de Michigan. El fundador del Sínodo de Wisconsin, el pastor Johann Mühlhäuser, era un misionero muy activo ya antes de recibir su instrucción para el sagrado ministerio. Desempeñándose todavía como ayudante de panadero, había aprovechado su tiempo libre para hacer giras por Alemania, Austria y Suiza con el fin de hacer obra misional entre gente desligada de la Iglesia. Después de su ordenación continuó con ese trabajo en Nueva York, y finalmente en la región de Milwaukee, Wisconsin. Su 'método' consistía en ponerse en camino, provisto de una cantidad de folletos y biblias, y vender esa literatura a cambio de comida y alojamiento, o regalarla también. De esa manera juntó los miembros de su primera congregación. No hubo en la historia de los dos sínodos (de Misuri y de Wisconsin) época alguna en que no hayan tenido su vasto programa misional. Cuando en el año 1872

Misuri y Wisconsin se unieron para formar, junto con otros sínodos, la 'Conferencia Sinodal', dicha unión a su vez evidenció su fuerte carácter misional, creando, en su 6ª Asamblea (1877), una misión entre los negros en los Estados Unidos. La moción correspondiente la hizo el pastor H. A. Preusz, del Sínodo Noruego. En los decenios transcurridos desde aquel entonces, la actividad misional de la Conferencia Sinodal llegó a ser considerablemente más compleja y extensa, sin haber perdido empero su firme arraigamiento en la Palabra de la Verdad.

### *Imposible alcanzar la Perfección*

No obstante opino que se han cometido errores, y que también en lo futuro se cometerán errores, de modo que siempre de nuevo habremos de buscar la conducción y el estímulo de las Sagradas Escrituras. Y con esto quiero poner fin a la descripción de la vida activa.

Hay un período en la historia del reino de Dios, el período apostólico, en que ambos deberes de la Iglesia, el contemplativo y el activo, guardaban un equilibrio perfecto. Mediante el derramamiento del Espíritu Santo, los apóstoles mismos pudieron sostener y extender la Iglesia y a la vez crear teología. Las oportunidades misionales, contenidas durante 2.000 años, rompieron sus barreras en aquel primer Día de Pentecostés, y ya muy poco después los apóstoles estuvieron ocupados en difundir el Evangelio desde un extremo del Imperio Romano hasta el otro.

### *El más grande Propulsor del Evangelio*

El principal representante de la actividad misional en aquel tiempo fué el apóstol Pablo. Cuando estaba en juego la pureza de la doctrina, p. ej. cuando se hizo la tentativa de cargar a la joven Iglesia con el yugo de la ley mosaica, en desmedro del honor de Cristo, ¡con cuánta decisión se opuso este hombre a tal conato en su Epístola a los Gálatas! Cuando falsos maestros estaban causando divisiones y escándalos, contrarios a la Enseñanza que los cristianos habían aprendido de Pablo, él aconsejó (en Rom. 16:17) reparar en los tales y apartarse de ellos. En otras cuestiones, no estrictamente doctrinales, pero relacio-

nadas con la doctrina, Pablo demostraba la misma firme convicción, pero también paciencia. Era longánimo con los que reputaban un día más que otro, y también con los que reputaban todos los días iguales, en tanto que ni unos ni otros intentasen imponer un proceder legalista con su opinión privada. "Me hacía todo para con todos", escribía Pablo, "para que de todos modos yo salve a algunos" (1 Cor. 9:22).

Igualmente exitoso fué el apóstol Pablo en su actividad de misionero. Con extraordinaria firmeza de la fe, y plenamente seguro de la victoria final, enfrentó las diversas manifestaciones del paganismo. Prácticas paganas como las descritas en Rom. 1 le causaban horror y las condenaba en la forma más severa, pero por lo común no gastaba mucho tiempo en la condenación de religiones paganas. ¿Por qué habría de lidiar con ellas en un modo negativo, si su propia religión era tanto más excelente, y si él podía contar tantas y tan grandes cosas acerca de ella? Una religión pagana hasta podía servirle de buen punto de partida para su propio mensaje, como ocurrió en Atenas. "Señores atenienses", dijo Pablo en aquella oportunidad, "en todas las cosas percibo que sois muy religiosos" (Hech. 17:22). Raras veces Pablo decía un 'No' expreso a cultos paganos, pues estaba seguro de que dentro de breve sus oyentes dirían un 'Sí' al mensaje que él les traía. Como hombre que había sido educado esmeradamente en dos culturas, la hebrea y la griega, Pablo era absolutamente sincero y desinteresado. Permaneció soltero para poder moverse con mayor libertad y con menor costo, y tampoco exigió salario. Su trabajo misionero no costó un centavo a la Iglesia de aquel entonces. Al contrario, de regreso de sus viajes misionales traía colectas para los necesitados hermanos y hermanas en la fe en Palestina. Estas dos cosas serían imposibles de practicar para un misionero actual.

### *El Evangelio debe ser predicado a Todos*

Pablo anunciaba su Evangelio a todos, ya fuesen judíos o paganos, hombres o mujeres, siervos o libres; a los que se debatían en la más desesperante miseria como también a los que nadaban en la abundancia. Fué Pablo quien escribió las palabras: "Pues, mirad vuestra vocación, hermanos, como que no muchos sabios según la carne, no muchos poderosos, no muchos



nobles tienen parte en ella" (1 Cor. 1:26). Y sin embargo, ese mismo Pablo se hizo el deber de ganar para Cristo también a las personas más cultas e influyentes de las ciudades más importantes, personas como Sergio de Pafos, Dionisio de Atenas, Crispo de Corinto; Aquila y Priscila, el médico Lucas y 'todos los de la casa de César' en Roma.

La costumbre de Pablo era formar pequeños grupos de fieles en un lugar y dirigirse luego a la ciudad siguiente para repetir allí el mismo procedimiento. No se ocupaba ni en la instrucción de los niños, ni en obras de caridad, ni en la elaboración de órdenes para el culto, no por falta de interés en tales cosas — la colecta para los indigentes de Jerusalén es un ejemplo patente de ese interés — sino por considerar que semejantes asuntos debían quedar a cargo de la congregación local. Con sus congregaciones, Pablo mantenía un contacto continuo, recibía informes de ellas, las visitaba de vez en cuando y les escribía cartas cuando lo creía necesario.

La aparición de un nuevo Pablo o de un segundo período apostólico es inimaginable. Ninguna época podrá igualar jamás los grandes acontecimientos que dieron como resultado el nacimiento del Cristianismo; ninguna tampoco podrá presenciar tal derramamiento del Espíritu Santo, ni un terreno tan propicio y fértil para el trabajo misional. Pablo y los demás apóstoles siempre seguirán siendo nuestro ideal y nuestro incentivo en el desempeño de la doble tarea en el reino de Dios, especialmente cuando unamos la vida contemplativa con la activa para formar la vida compuesta, de la que tratará la parte final del presente trabajo.

(Continuará)